

Los docentes y los programas de estudio: nuevas miradas y nuevas relaciones

Mtro. Joel Helohim Che Chi

Propósito: Que los docentes de preescolar, primaria y telesecundaria resignifiquen su papel en la comprensión y apropiación del Plan de Estudio 2022, desde una perspectiva deliberativa, para la elaboración colectiva del programa analítico.

Apecto de mejora: De una práctica docente centrada en una perspectiva técnica-instrumental del currículo, que los posiciona como ejecutores de planes y programas de estudio, a una práctica crítica y reflexiva desde una perspectiva deliberativa del currículo para la toma de decisiones en colectivo sobre el programa analítico.

16 – Diciembre - 2024

Narrativa Reflexiva sobre la Integración Curricular y su Impacto en la Práctica Docente

La integración curricular es un proceso transformador que invita a los docentes a reconfigurar su papel dentro del aula y la comunidad educativa. Trascender la ejecución mecánica del currículo significa dejar de ser simples aplicadores de contenidos para convertirse en mediadores críticos que reflexionan sobre el qué, cómo y por qué de la enseñanza. Esta transformación no es trivial; requiere que el docente tome decisiones informadas, basadas en la realidad de sus estudiantes y en los propósitos educativos que buscan impactar su entorno. La integración curricular, por tanto, se aleja de la fragmentación de los saberes y apuesta por una visión holística donde las disciplinas se entrelazan, permitiendo a los estudiantes comprender de manera más significativa los fenómenos que les rodean.

Este cambio redefine la relación entre los contenidos educativos y las realidades de los estudiantes. No se trata únicamente de cumplir con programas preestablecidos, sino de contextualizar el currículo, ajustándolo a las necesidades y problemáticas de los aprendices. Es aquí donde el docente asume un rol deliberativo, analizando los saberes previos, intereses y entorno sociocultural de los estudiantes para generar aprendizajes auténticos y situados. Desde mi experiencia en la construcción del programa analítico, he identificado desafíos importantes, como la resistencia al cambio, pero también logros significativos, como la posibilidad de fortalecer mi práctica pedagógica y promover la participación activa de los estudiantes. Todo esto me ha permitido alinear mis estrategias educativas con las características y contextos específicos de mi comunidad escolar, generando una enseñanza más relevante y significativa.

En un primer momento, la experiencia con mis estudiantes fue el punto de partida para cuestionar y movilizar mi práctica docente. La implementación del Plan de Estudio 2022 supuso un reto considerable, ya que implicaba un cambio de paradigma: pasar de una enseñanza técnica-instrumental, donde el docente es un transmisor pasivo de contenidos, a una práctica crítica y deliberativa, en la que el aprendizaje se construye a partir del contexto y las inquietudes de los estudiantes. Este proceso no fue inmediato ni sencillo, pues demandó un esfuerzo constante de reflexión y adaptación.

En este contexto, propuse una actividad centrada en la recuperación de problemáticas del entorno, con el fin de vincular los aprendizajes con la realidad cotidiana de los estudiantes. Por ejemplo, iniciamos un proyecto interdisciplinario donde los alumnos identificaron problemáticas cercanas, como la falta de áreas verdes en su comunidad y el descuido de espacios públicos. A través de sesiones de diálogo y trabajo en equipo, los estudiantes propusieron acciones concretas, como campañas de concientización y reforestación, que les permitieron aplicar conocimientos de matemáticas, ciencias naturales, español y formación cívica y ética.

Este enfoque metodológico no solo les permitió desarrollar competencias clave como la investigación, el pensamiento crítico y la creatividad, sino que también los motivó a asumir un rol más activo en su aprendizaje. La experiencia demostró que cuando los contenidos se articulan con el contexto real, los estudiantes no solo comprenden mejor

los saberes, sino que los aplican de manera práctica y reflexiva. Además, este proceso me permitió cuestionar mi rol como docente, reflexionando sobre cómo mis decisiones pedagógicas influyen directamente en el aprendizaje de los alumnos.

Por ejemplo, en una sesión de trabajo, iniciamos un ejercicio de observación y análisis del contexto comunitario, donde los estudiantes identificaron situaciones que afectaban directamente su vida diaria y la de sus familias. Entre las problemáticas más relevantes surgieron la contaminación de espacios públicos, como parques y calles, y la falta de actividades recreativas destinadas a los jóvenes, quienes manifestaron sentir poco interés por participar en su entorno debido a la ausencia de espacios adecuados. Para facilitar este proceso, organicé dinámicas de diálogo y reflexión grupal, donde cada estudiante compartió su perspectiva y experiencias personales. Fue un ejercicio enriquecedor que les permitió sentirse escuchados y valorados, al tiempo que desarrollaron su capacidad de observación y crítica ante las realidades que les rodean.

A partir de estas reflexiones, el siguiente paso fue la formulación de soluciones creativas que integraran conocimientos y habilidades de diversas asignaturas. En matemáticas, calcularon los recursos necesarios para limpiar y rehabilitar un área pública, midiendo dimensiones del terreno y estimando la cantidad de materiales requeridos. Desde ciencias naturales, investigaron sobre el impacto ambiental de la basura acumulada y propusieron estrategias sostenibles, como la separación de residuos y el uso de materiales reciclados. Finalmente, en formación cívica y ética, trabajamos en la elaboración de carteles informativos y campañas de concientización, donde los estudiantes aprendieron a comunicar de manera efectiva sus propuestas y a involucrar a otros miembros de la comunidad.

Este enfoque interdisciplinario no solo permitió que los estudiantes desarrollaran competencias clave, como el pensamiento crítico, al analizar las causas y consecuencias de las problemáticas, sino también la comunicación efectiva y el trabajo colaborativo. El hecho de que trabajaran en equipo, aportando ideas y coordinando esfuerzos, los llevó a comprender la importancia de la cooperación en la resolución de problemas. Además, observar que sus propuestas tenían un impacto real en su entorno los motivó a involucrarse activamente en su proceso de aprendizaje, generando un sentido de propósito y responsabilidad. Los resultados no solo fueron evidentes en sus productos finales, sino también en el compromiso y entusiasmo que mostraron durante todo el proceso.

Sin embargo, este camino no estuvo exento de retos. Uno de los desafíos más significativos fue la resistencia inicial, tanto por parte de los estudiantes como de algunos colegas. Los estudiantes, acostumbrados a actividades más tradicionales y dirigidas, se mostraron al principio inseguros y poco motivados para participar en dinámicas que exigían mayor autonomía y creatividad. La falta de confianza en sus propias capacidades se evidenciaba en comentarios como: "No sé cómo hacerlo" o "Esto no lo hemos trabajado antes". Por su parte, algunos colegas expresaron inquietud ante la posibilidad de romper con estructuras rígidas, considerando que abordar problemáticas del contexto podría desviar el cumplimiento del currículo oficial.

Ante esta situación, identifiqué la necesidad de construir espacios de diálogo y reflexión que permitieran a todos los involucrados comprender el valor y propósito del

nuevo enfoque metodológico. Para superar estas resistencias, implementé estrategias colaborativas, como las sesiones de lluvia de ideas y el análisis de casos prácticos, donde los estudiantes y colegas participaron activamente. Estas dinámicas crearon un ambiente de confianza y apertura, donde cada participante pudo aportar sus conocimientos, ideas y perspectivas, generando un sentido de corresponsabilidad en la construcción del programa analítico. Al observar que sus opiniones y propuestas eran valoradas, los estudiantes ganaron confianza, mientras que los colegas encontraron en estas estrategias una oportunidad de aprendizaje colectivo.

De esta manera, las dinámicas no solo fortalecieron el trabajo individual de cada estudiante, al brindarles herramientas para analizar y resolver problemas, sino que también impulsaron la construcción colectiva del programa analítico. A través del diálogo deliberativo y la colaboración, logramos integrar las voces y experiencias de todos, demostrando que la educación se construye en colectivo y de manera contextualizada. El proceso me enseñó que superar las resistencias iniciales requiere paciencia, empatía y apertura al cambio, cualidades fundamentales para transformar nuestra práctica docente.

En este sentido, la toma de decisiones en colectivo fue un proceso clave. Durante las reuniones de Consejo Técnico Escolar, los docentes trabajamos en la identificación de los aprendizajes prioritarios, tomando en cuenta las características y necesidades de nuestros estudiantes. Este ejercicio permitió resignificar el currículo y contextualizarlo, haciéndolo pertinente y situado. El diálogo deliberativo fue fundamental, pues nos permitió escuchar diversas voces, articular ideas y llegar a consensos que reflejaran las realidades de nuestra comunidad escolar.

Por otro lado, esta experiencia también me ha llevado a reflexionar sobre el papel de la autonomía profesional en el fortalecimiento de mi práctica docente. La integración curricular no es un proceso lineal ni prescriptivo; al contrario, exige una constante revisión y adaptación. Al asumir un rol más activo y reflexivo, pude identificar áreas de mejora en mi enseñanza, reconociendo la importancia de vincular los contenidos académicos con el contexto social y cultural de los estudiantes. Esta autonomía me ha permitido tomar decisiones pedagógicas más informadas y críticas, favoreciendo un aprendizaje más significativo y transformador.

Finalmente, puedo concluir que la integración curricular es un proceso que no solo impacta el desarrollo académico de los estudiantes, sino que también transforma la labor docente. La construcción del programa analítico, desde una perspectiva crítica y deliberativa, representa una oportunidad para reinventar nuestra práctica pedagógica, fortaleciendo la colaboración entre docentes y el aprendizaje autónomo de los estudiantes. Esta experiencia me ha enseñado que, al recuperar las realidades y necesidades del contexto, podemos construir una educación más inclusiva, pertinente y humanista.

En este sentido, mi labor como docente se resignifica, dejando atrás una postura pasiva y técnica, para asumir una práctica reflexiva y deliberativa, donde el diálogo, la colaboración y la autonomía profesional se convierten en pilares fundamentales. Así, no solo cumplo con mi responsabilidad de enseñar, sino también con la de transformar la realidad de mis estudiantes, dotándolos de herramientas para comprender y mejorar su entorno.